



Diana Sánchez

Entrevista realizada por: María Camila Paladines

“Tan pronto subió Duque, que detrás está Uribe, volvió otra vez esa cúpula militar que es amiga de toda la guerra sucia”: **Diana Sánchez**

¿Vale la pena arriesgar la vida para defender los derechos humanos en Colombia?

Siempre valdrá la pena, siempre y cuando uno tenga en su ADN que las injusticias no pueden existir. O por lo menos no esas injusticias tan marcadas, con tanta inequidad, con tanto desequilibrio. Mientras unas élites económicas y políticas no saben qué hacer con la plata, otros seres humanos se mueren en la pobreza, en la miseria.

Llegó un momento en el país que había tanta violencia, violaciones, una fuerza pública completamente corrompida, totalmente criminal, acabando con los movimientos políticos y sociales, asesinando sindicalistas y estudiantes que, si bien podían tener alguna identidad, relación política con las insurgencias, no daba para que los mataran de esa manera.

En lo que estoy estudiando (maestría en derechos humanos) veíamos las 19 sentencias que han salido de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. 19 sentencias, todas diferentes, condenando al Estado colombiano, porque ha sido perpetrador de violencia de forma directa o a través de terceros, como los paramilitares.

Sé que conoce de cerca el problema de las ejecuciones extrajudiciales ¿cómo es su primer contacto con este fenómeno?

Eso tiene que ver con el Catatumbo, porque nosotros (en Minga) veníamos de un proceso para enfrentar un periodo posdesmovilización paramilitar. Catatumbo fue una región totalmente sometida por el paramilitarismo y el Ejército. La guerrilla fue completamente arrinconada. La guerrilla también ha cometido barbaridades, pero lo que hizo el paramilitarismo y la fuerza pública fue bárbaro.

En 2005 el paramilitarismo se supone se había desmovilizado y allá se sintió. Se sintió porque como eran ejércitos y estaba tan cercado, al desbloquearse se sentía el alivio, y eso permitió hacer un trabajo muy interesante. Llevábamos como un año y medio trabajando muy bien, pero como a mediados de 2006, luego de la desmovilización, el Ejército hizo una reestructuración que abarcó nororiente, entonces hubo cambios de brigada. Se mega militarizó otra vez la región con el argumento que había que copar lo que había dejado el paramilitarismo.

Allá la gente es muy seria, y nosotros dejamos claro que no defendemos ni guerrilleros ni milicianos, pero sí personas de la comunidad, civiles. Resulta que, a mediados del 2006, empezaron a aparecer personas muertas. Campesinos que decían que habían sido guerrilleros. Y otro y otro y otro... en todo 2007. Impresionante cómo mataban gente. Empezamos a ver que la situación era muy crítica, no dábamos abasto. Entonces comenzamos a hacer, espontáneamente, unas audiencias allá en el territorio, hicimos como unas tres. La gente convocaba a la fuerza pública a decir por qué estaban matando a los campesinos. En El Tarra mataron mucha gente, en Teorama mataron mucha gente y ya era por todo lado.

¿Quién llevaba esos casos, las audiencias?

Minga, Luis Carlos Pérez, que es una ONG de Bucaramanga y Cúcuta, y otras dos organizaciones. En 2007 empezamos a entender muy bien el fenómeno y a hacer una denuncia fuertísima. Pero no era solamente allá, era en Antioquia, en todo el país. Nosotros también estamos en el Putumayo, entonces en el Putumayo también había. Estábamos en el Cauca, en el Cauca también había. Había en Nariño y en Nariño también estábamos. Y empezó todo esto, sistemáticamente. Como nosotros hacemos parte de la Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos, creamos la “Mesa sobre ejecuciones extrajudiciales” para analizar el fenómeno. Entonces era: lleve procesos, recoja información, haga denuncias, trabaje allí, pelee con... nos dedicamos a eso. Lo más fuerte fue ese año.

Recuerdo que en un momento en el Catatumbo mataron como cuatro campesinos. Y yo

me fui sola para El Tarra. Llegué a una movilización de la gente porque a los campesinos que habían matado eran conocidos. Se hizo una manifestación grande por el pueblo. Me tocó vivir una audiencia con el polideportivo (auditorio) lleno. Se llegó ahí y ahí se dijo: hay que traer a los militares para que nos digan por qué están matando. Y le tocó ir al coronel que estaba. Eran tres coroneles.

¿Se acuerda de los nombres?

No. Había uno especialmente del mando. El alcalde no estaba. El personero era todo miedoso. Estaba yo solita, con las comunidades. Los militares llegaron y rodearon todo el polideportivo con ejército. Y yo pensaba que ahí, en medio, debía haber guerrilla y milicianos. Eso se puso tan tenso. Fue un día entre semana, tres de la tarde, horrible ese calor. Yo miraba para todos lados. La gente se fue enardeciendo, se fue bajando de las gradas, y yo era la única que podía controlar eso, porque no había ninguna autoridad, solamente los militares, porque el personero se fue, me dejó.

La gente empezó a bajar uno por uno a hablar al micrófono. Bajó el papá de uno de los muertos, estaba tomado, casi que le pega al militar, y yo conteniéndolo. El coronel llega y dice:

–Doctora, yo creo que esto ya estuvo bien.

–No coronel, hay que dejar que la gente se desahogue, hay que dejar que la gente hable.

–Pero doctora es que esto ya está muy tenso.

–No, hay que dejar que la gente hable.

Entonces yo cogí el micrófono y le pedí a la gente que se tranquilizara, que se devolviera a sus puestos, que bajara. En un momento llegó la mujer, una jovencita, esposa de uno de los muertos y también casi le pega a un militar, al coronel. Eso se estaba poniendo muy difícil. A mí lo que me daba miedo era que por ahí sonara un tiro, porque donde sonara un tiro era la tragedia porque además todo estaba rodeado de ejército.

Finalmente, pasaron como dos horas, llegamos a un acuerdo en que hiciéramos una comisión y nos fuéramos a la iglesia o a la Alcaldía a discutir cómo iba a ser lo que íbamos a trabajar. De ahí dijimos: hagamos una audiencia grande, ordenada, y hagámosla por fuera, en Ocaña, donde invitemos a todo el establecimiento: Gobierno, comunidad internacional, autoridades del Estado. Entonces nos fuimos, convocamos una audiencia por falsos positivos y ejecuciones extrajudiciales en Ocaña para el 6 de diciembre de 2007.

¿En ese momento qué papel tenía usted en Minga?

Yo era investigadora, pero mi responsabilidad era el equipo del Catatumbo. Coordinaba los proyectos que tuvieran que ver con la región. Sobre los falsos positivos no sabía, así que me metí mucho a estudiar el tema, me dediqué a hacerle análisis, observación. En ese momento, la Vicepresidencia de la República tenía algo que se llamaba La Bitácora, en la que hacían todo el análisis del comportamiento del conflicto armado. Me puse a hacer todo un

mapa de comparación entre lo que mostraba la fuerza pública, porque era su fuente principal, lo que ellos mostraban como operaciones y las ejecuciones extrajudiciales que veíamos por otro lado. Empecé a darme cuenta que no coincidía lo que había sido un hecho de combate –ahí reportaba muerto o no– con todos los casos del Catatumbo que no aparecían. Entonces comenzamos a cruzar que de toda la gente que mataban por fuera no había un combate reportado, o sea, era una evidencia más de que sí eran personas civiles a las que les hacían todo el montaje.

En el 2007 se da la audiencia muy grande en el auditorio de Ocaña. Fuerte, fuerte. Salió bien. Se movilizaron campesinos e indígenas, alrededor de 600 campesinos. Yo hablé personalmente con los militares de alto rango y los invité a esa audiencia. El de la Brigada 30 era el general Paulino Coronado; el de la Brigada Móvil Número 15 era el coronel Santiago Herrera, más malo que Caín. Él me contestaba siempre muy agresivo, antipático. Los militares tenían mucho susto porque la anunciamos. Eso fue hasta el gato. El Ejército, previamente, empapeló Ocaña: “contra la guerrilla”. Ellos tenían temor de que la guerrilla se fuera a tomar el pueblo. Absurdo porque para ellos todos los campesinos son guerrilleros: toditos, toditos, toditos.

Tuvimos el acompañamiento de Naciones Unidas, llegó la Fiscalía, llegó el CTI (Cuerpo Técnico de Investigación), llegó todo el mundo. Santiago Herrera no fue, dizque estaba en comisión. Él mandó matar mucha gente. Fue Paulino Coronado, superior de Santiago Herrera. Y llevaron un montón de militares mutilados, con muletas y todo como para mostrar que ellos también son víctimas. Eso salió muy bien, porque desde ese entonces la fuerza pública supo que en el Catatumbo estaban siendo observados, vigilados, y que todos los muertos que estaban saliendo allá se estaban evidenciando. Y el costo político era muy alto. Y listo, pararon los falsos positivos en el Catatumbo, aunque creo que hubo uno que otro.

Nosotros estábamos felices porque se habían bajado las ejecuciones extrajudiciales allá, pero de repente, en el 2008, estalla lo de Soacha. Ahí es cuando la Brigada Móvil Número 15 de Santiago Herrera se lleva a todos estos muchachos de Soacha y unos de Bogotá y hacen todo esto ya por fuera del Catatumbo. Las familias de Soacha buscaron a la Alcaldía de ese entonces y nos vinieron a buscar acá en Bogotá.

¿Por qué los buscan a ustedes?

Porque ahí ya se había descubierto que a los ‘pelaos’ de Soacha se los habían llevado para Ocaña. Entonces, cuando las familias fueron a buscar ayuda a la Alcaldía de Bogotá, allí había un abogado que trabajaba en derechos humanos y que sabía que Minga era de las organizaciones que trabajaba en Ocaña con ejecuciones extrajudiciales. Ellos inmediatamente llamaron a Minga, me llamaron, dijeron lo que estaba pasando y nosotros dijimos: sí, conocemos todo eso.

Y se destapó el escándalo. Juan Manuel Santos, que era ministro de defensa, saca a 22 militares implicados, entre esos varios oficiales. Minga en ese momento, al conocer el modus

operandi, asume algunos procesos con otras organizaciones: la CCJ (Comisión Colombiana de Juristas), el Cajar (Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo), el Comité de Solidaridad con Presos Políticos.

Cada cierto tiempo el Estado y la fuerza pública utilizan alguna estrategia para controlar. Nosotros entendimos que la estrategia fue: se desmovilizan los paramilitares, reestructuran la fuerza pública, militarizan el Catatumbo para controlar; y como ya no tienen paramilitares, entonces crean los falsos positivos para seguir atacando a la guerrilla, supuestamente, y para mostrar efectividad en el combate. O sea, todo fue orquestado, todo fue organizado. Pero ellos no calcularon que eso se les iba a reventar porque en el Catatumbo había mucha organización social, había mucho trabajo, había organizaciones de derechos humanos muy activas.

¿O sea que no es casual que otra vez estén apareciendo casos de falsos positivos justo después del Acuerdo de Paz de 2016?

No es gratis, porque es el mismo pensamiento de la fuerza pública que en ese momento estaba al frente, que era la de Álvaro Uribe Vélez. Juan Manuel Santos decide pactar con la guerrilla. Él tiene que cambiar toda la estrategia, poner al frente de la fuerza pública militares más decentes, militares más consecuentes con un proceso de paz, más progresistas, que no conecten tanto con esa guerra sucia y se democratice un poco la fuerza pública.

Creo que lo logró en la medida en que bajaron los combates, porque se estaba en proceso con las Farc. Las Farc asumieron una tregua unilateral. Pero también la fuerza pública cambió la actitud con las comunidades. Eso fue cierto, eso fue evidente. Nosotros llegamos a ir al despacho, por ejemplo, del comandante del Ejército en ese entonces, Alberto Mejía, que luego fue comandante de la Fuerzas Militares. Él reconoció y estuvo en el proceso de reconocer las víctimas de Soacha, de hacerles un mausoleo a los jóvenes, negociando y concertando con las mamás y los familiares. En todo ese proceso estábamos cuando terminó el mandato de Juan Manuel Santos. Había una actitud distinta. Tan pronto subió Duque, que detrás está Uribe, volvió y subió otra vez esa cúpula militar que es amiga de toda la guerra sucia y de todo este accionar ilegal.

De todos los casos de falsos positivos que ha conocido, ¿recuerda uno específico?

Sí, al que le llaman "Lázaro". Ese caso es de El Tarra, como de octubre de 2007. Es impresionante. Yo recuerdo que nos llamó un líder de El Tarra y dijo:

—Hay un caso muy complicado. A un muchacho anoche lo intentaron matar. Es un muchacho muy joven, se llama Villamil. Logró volarse y lo tienen en el Hospital Erasmo Meoz de Cúcuta. Está vivo, pero lo pueden matar, entonces sería importante que ustedes supieran de eso.

—¿Qué hay que hacer?

—Pues... ir.

Me dieron todos los datos, cogí un avión y me fui para Cúcuta a buscarlo. Yo llegué a ese hospital, terrible como todos los hospitales, busqué dónde estaba y me subí, sola, sin nadie. Me fui a la habitación, el ‘pelao’ estaba custodiado y tenía un poco de cosas acá (en todo el brazo izquierdo).

¿Custodiado por militares?

Sí, por policía, pero de civil. Yo me di cuenta que eran policías porque estaban armados. Entonces yo les dije que yo quería verlo y me dijeron que me tenía que autorizar alguien. Llamé al papá, me vi con los papás, unos campesinos muy humildes e inocentes, de esos que a uno se le parte el alma al verlos, que no saben qué es lo que les está pasando. Una tragedia. Les dije quién era yo, que era amiga de un líder de apellido Téllez. Entendieron. Les dije que si me autorizaban visitarlo. Claro, yo entré. No me acuerdo si estaba despierto o dormido, pero no estaba mal herido, solo el brazo, de resto todo bien. Hablé con la mamá y con el papá y les pregunté qué necesitaban. Le compré una muda de ropa, una pijama, todo lo de aseo personal y les llevé. El ‘pelao’ no hablaba, todo tímido, todo angustiado.

Hablé con el chico. Estuve allá como dos días. Logramos que la familia nos diera la autorización, que no es fácil porque la gente no entiende, no sabe qué les está pasando. Ellos no eran conscientes de que, aparte de que lo iban a matar, el ‘pelao’ estaba preso.

¿Cómo fue todo? ¿Cómo lo encontraron? ¿Lo engañaron?

Por la nohcecita hacen un retén a la salida de El Tarra, en la parte urbana, y el ‘pelao’ vive en zona rural. Al ‘pelao’ ya le tenían seguimiento. Por la tarde lo pararon. Él mostró su tarjeta de identidad y le dijeron:

– Ah, mire, ¿nos acompaña a tal parte?

– ¿Por qué?

– No, es que mi sargento quiere hablar con varios jóvenes para el tema del reclutamiento.

Se lo llevaron del retén de día y lo tuvieron por allá en un sitio hasta que se oscureció. Por la noche lo sacaron de ahí y lo llevaron caminando al monte. Él dice, calcula, que era media noche. Sintió una cosa extraña, todo oscuro, pues eso era puro monte, cuando ¡pa, pa, pa! empezó a sentir los disparos. Él siente que lo mataron. En eso empezó a llover durísimo. Los militares lo vieron muerto y se relajaron. Pues el muchacho, como era de allá se conocía todo y los soldados no. Se levantó y se les escapó. Caminó y caminó hasta que llegó a donde una familia. Contó lo que le había pasado. Al amanecer, la familia lo sacó al pueblo buscando un carro para llevarlo a Ocaña. Ahí se avisó, se hizo el escándalo, la fuerza pública se advirtió. Eso fue tenaz. A él le pusieron Lázaro por el cuento de “Lázaro, levántate y anda”. Entonces, lo llevaron a Ocaña, pero estaba muy mal herido así que, custodiado, lo trasladaron para un hospital en Cúcuta y quedó preso. Sin haber cometido ningún delito, le hicieron el

montaje de que lo iban a matar por guerrillero. Además, judicialmente de una vez lo empapelaron para decir que él era un miliciano.

El 'pelao' duró 3 meses hospitalizado, un tiempo preso y finalmente salió porque no tenía nada y regresó a la región. Nosotros seguimos siendo la defensa de él porque ese proceso todavía está ahí. Fue en el 2007 y todavía está ahí.

En la adolescencia militó en la Juventud Comunista Colombiana (JUCO). Luego, a los 18 años, viajó a estudiar periodismo en Bogotá y cuatro años más tarde entró al Partido Comunista. Y cuando asesinaron a Bernardo Jaramillo creó los Círculos Bernardo Jaramillo. ¿Qué vino después?

Ahí salió la Constituyente. Fui la asistente de Angelino Garzón que era uno de los constituyentes de la Alianza Democrática M-19. Trabajé muy fuerte, pero salí de pelea con todos los sectores y no quise trabajar más ahí, porque a mí no me gusta la corrupción, no me gusta la manipulación. Finalmente, terminé trabajando con la bancada que salió del M-19 al Congreso de la República cuando fue el cambio de Constitución. Estuve 3 años como asistente de Jaime Navarro Wolf, el hermano de Antonio.

Luego, trabajé con otro representante desmovilizado de la Corriente de Renovación Socialista (CRS). Trabajé muy fuerte lo comunitario con él. Yo hacía todo el trabajo en Ciudad Bolívar. Ahí me sintonicé mucho con comunidades, conocí más la pobreza y me metí mucho por ese lado. Después, decidí tener a Santiago, mi hijo, entonces rompí con todo y me retiré.

Cuando ya tenía a mi hijo chiquito, Jorge Rojas estaba fundando CODHES (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento) y empecé a trabajar con él. Me dediqué como unos tres, cuatro años a CODHES, pero me desencanté porque no me gustaba trabajar solamente haciendo análisis en el escritorio; me gustaba trabajar con comunidades, en campo. Ahí ya me relacioné con Minga, porque había una alianza entre esa organización, CODHES y el Cinep (Centro de Investigación y Educación Popular) para trabajar en fronteras con refugiados. La situación en la frontera era terrible, ahí ya no me gustó trabajar con población desplazada, entonces de allá también salí y me ofrecieron trabajo en Minga. Allí estoy desde agosto del 2001.

Y luego mi hermano, que estaba exiliado en Suiza, me llevó un año a estudiar un diplomado en derechos humanos y acción humanitaria en la Universidad de Ginebra. Un año allá (2003), hice mi tesis y regresé a trabajar fuertemente otra vez en el Catatumbo, ya como un proceso de resistencia... empezaba la desmovilización de paramilitares. No es una búsqueda única, racional, ni decir "es que yo quiero ser esto". Es que en Colombia por todo lo que ha pasado, por su historia, por el quehacer de la política, de la reivindicación de los derechos humanos, de la violencia, de lo humanitario, pues fácilmente uno termina metido en esto sin darse cuenta.

¿Incide en algo ser mujer en su trabajo de militancia y en todo su trabajo político en el Congreso?

Sí. Yo, como la mayoría de las mujeres en mi época, tenía complejo de inferioridad por ser mujer, tal vez ahora ya no, pero eso yo lo viví todo el tiempo. Lo vivía hacia adentro. Es decir, lo sentía, era un complejo propio, mío, adquirido con la vida y de pronto con mi padre. Un muy buen hombre, pero muy machista y muy vertical. En mi familia siempre los hombres tuvieron más posibilidades que las mujeres.

En el fondo, yo siempre tenía ese complejo de inferioridad presente. Yo siempre creía que lo que yo decía era una tontada, que lo que yo iba a decir no tenía sentido y a veces me callaba. Siempre me movía en un mundo muy masculino, porque ahora es que hay mujeres en la política. Antes había mujeres militando por su novio, su compañero, su esposo, claro y también lo había por su propia autonomía, por su búsqueda, pero siempre el machismo era muy fuerte, muy fuerte.

¿Alguna mujer especial para usted en el entorno de defensa de derechos humanos?

Había una a la que le debo mucho. Por ella fui perdiendo esos temores de acomplejada por ser mujer o por sentirse inferior en capacidad intelectual. Fue Gloria Flórez. Cuando yo llegué a Minga, Gloria era la directora, ella fue la que me llevó allá. Era muy chévere, era una vieja loca, no le tenía miedo a nada, era impresionante. Una santandereana de 'racamandaca'.

¿Cómo es el papel de las mujeres en la defensa de los derechos humanos?

Las mujeres vamos más allá. Nos comprometemos más allá. Inclusive con la vida de las personas, más allá de la violencia que se ha ejercido sobre ellas. En Minga somos muchas mujeres, y la forma en que nosotras asumimos el trabajo y lo humano con las víctimas es impresionante porque nosotras lo cogemos como nuestro. No es solamente el apoyo que se debe ejercer, sino también cómo sacar eso adelante con todas sus aristas: "mira, que el niño no tiene ropa", entonces hay que buscarle, "mira que ellos están vendiendo café", bueno entonces hay que comprarles. Claro, no digo que los hombres no hagan, pero desde el sentimiento y la acción de las mujeres es muy distinto; y también el cariño con el que se trabaja, el carisma. Somos muy distintas.